

IMPRESIONES SOBRE UN INTENTO AL TECHO DEL MUNDO

Una pequeña avioneta en la que iban tres de mis compañeros y mil kilos de material de la Expedición aterrizaba en Lukla. Atrás habían quedado los infinitos problemas que entrañan la organización de una Expedición al Everest. A lo largo de cuatro años en que empezamos los trámites, habían sido muchas las preocupaciones. El permiso, que prometido, no llegaba nunca, las lentas y exasperantes negociaciones de todo tipo con Nepal, la reunión del abundante equipo, la preparación a última hora de las raciones de comida (siempre ocurre lo mismo, por mucho que sea el tiempo que se tiene por delante), y en fin, un sin número de detalles que siempre se van dejando de lado por su aparente poca importancia pero que al final hay que realizarlos.

Los dos últimos meses antes de la partida habían sido agotadores, más que salir a escalar el Everest, necesitábamos, la mayoría de los miembros de la Expedición, una cura de reposo. Luego, cuando ya nos las prometíamos felices al salir de Barajas pensando en que sólo nos quedaba el enfrentarnos con lo nuestro, con la montaña, y parecía que todo estaría resuelto a nuestra llegada a Kathmandu, tenemos la desagradable sorpresa de que el avión que tenía que llevar nuestro equipo directamente a Kathmandu y con unos días de adelanto sobre nuestra llegada, había tenido que dejarlo todo en Nueva Delhi (razones técnicas), y nuestro material se encontraba a bordo de cuatro camiones por algún lugar indeterminado de la India. Expertos en cuestión de transporte trataban de tranquilizarnos asegurándonos que todavía no se había perdido nada y que era posible que nuestra carga llegara algún día. De cualquier manera era cuestión de paciencia y, sobre todo, de la habilidad que tuviesen los camioneros para conseguir gasolina en un país que se encontraba en esos momentos racionada y en la que si fuera poco, sufrían alguna huelga que otra por parte de los suministradores. Todos pensábamos después de doce días de espera, que nuestra Expedición se había ido al traste, sin ni siquiera salir de Kathmandu. Pero no, alguno de los infinitos dioses que moran en los templos de Kathmandu (tal vez el que se dedica al transporte), debió de echarnos una mano e interesarse por el asunto. Allá por el horizonte, por la frontera de Bhirgans, aparecieron nuestros cuatro camiones, incluso creo que nos sorprendieron un poco, ya que nos habíamos hecho a la idea de no volver a ver nuestro material nunca más.

Este acontecimiento nos llenó de la moral necesaria para enfrentarnos con otro problema que no era nada sencillo, sacarlo de la aduana.

La presencia de los cuatro camiones y la victoria moral de su llegada hasta allí nos dieron el coraje necesario para arremeter con decisión contra la lenta burocracia oriental.

Después de batallar durante cuatro días de despacho en despacho, de formulario en formulario, de regalo en regalo y con el aliciente de tener por contrincantes y en nuestra misma situación a los catalanes del Annapurna, Civis y Martín, con quienes coincidíamos por todos los despachos en que hubiese que tocar algún resorte, salíamos en regla para la montaña.

Lukla es un pequeño poblado que ha adquirido cierto nombre e importancia por tener la suerte de haberse fijado en él Sir Edmund Hillary y haber construido un pequeño aeropuerto. Así, las expediciones que se adentran por el Valle del Dhu-Kosi tienen la oportunidad, si el aeropuerto se encuentra en condiciones, de ver acortada su marcha de aproximación en más de diez días.

Nuestra avioneta había dado un giro brusco y picaba su zumbante nariz hacia una mancha rectangular que de un color arenoso se destacaba en el verde del bosque. Si no hubiese adivinado de que aquello era, precisamente, el pequeño aeropuerto (tal vez por haber oído hablar de su espectacularidad), la cosa hubiese sido grave pues en principio todo hacía pensar que nos íbamos a estrellar contra la ladera de la montaña. La tensión fue decreciendo cuando las ruedas tocaron el suelo de tierra batida y la avioneta, como posada sobre poderosos resortes, dio un par de saltos al momento de que sus frenos deceleraban la marcha. Paramos a menos de diez metros de una pequeña tapia donde se levantaba una flamante posada. Lo primero en que me fijé al descender de la avioneta fueron los restos de otros dos aeroplanos que semi-desguazados se recostaban en el borde de la pista. Evidentemente no parecía cosa sencilla tomar tierra en Lukla.

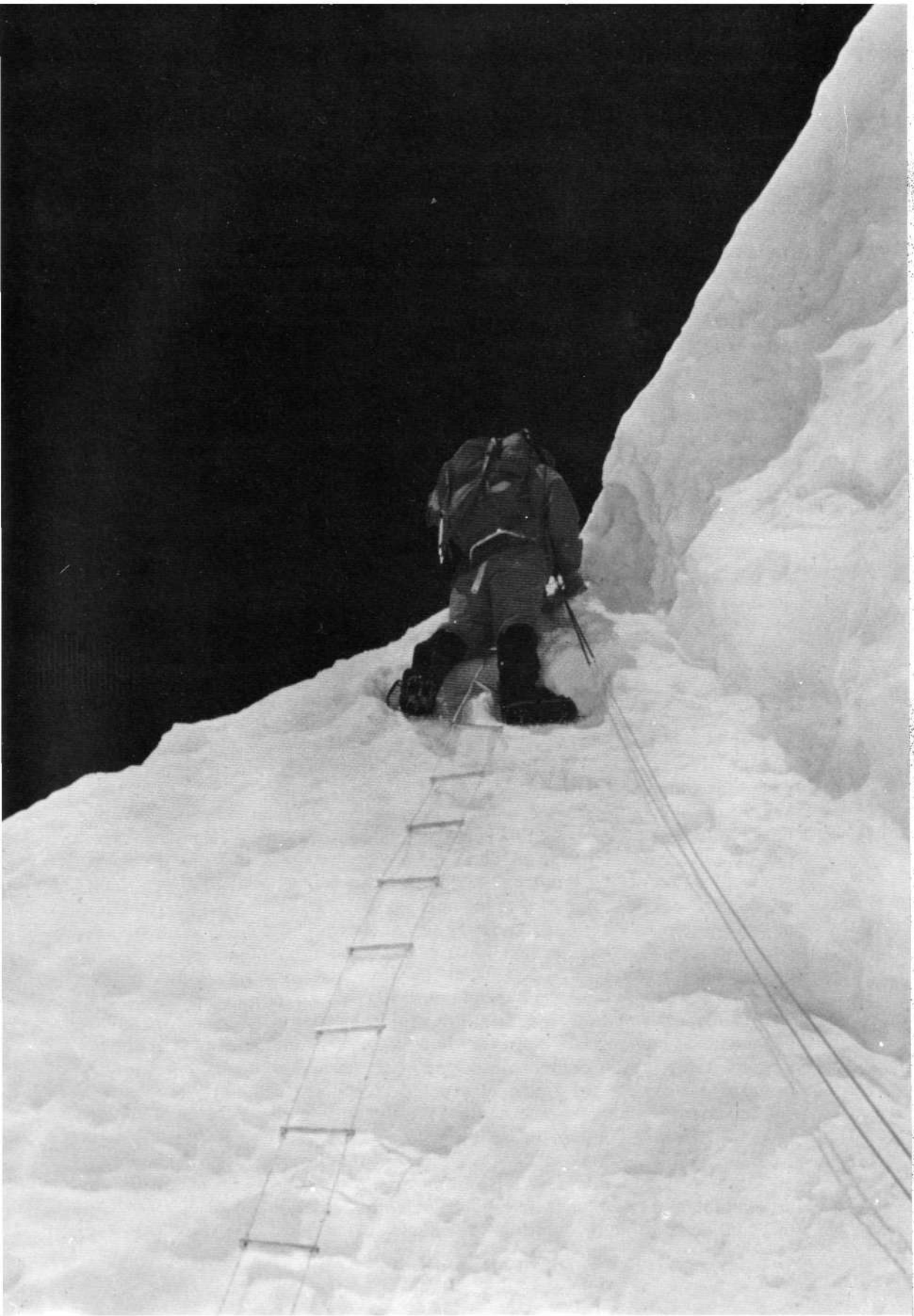
En aquella mañana de aire fresco y ambiente límpido, pensé que era en ese momento cuando realmente empezaba la Expedición, los otros fueron prolegómenos un tanto desagradable, unas veces, y un tanto pesados, otras. Me sentía realmente a gusto en este primer contacto con el bajo Himalaya.

Unos de nuestros sherpas, solícito y sonriente, nos recibió con unos vasos de té humeante; la mayoría de los sherpas sonríen como por inercia cuando se encuentran delante de un «Sahib».

Un par de cigarrillos y un par de té, o tres, me hicieron sentirme completamente a gusto durante la hora larga que no hice otra cosa que mirar todo cuanto me rodeaba.

Al borde de la pista, un poco apartados y en un prado en el que empieza a crecer la hierba instalamos unas cuantas tiendas y amontonamos el material que había llegado en tres vuelos. Trabajamos ante la mirada atenta de la chiquillería del pueblo que ya tenía ante sí, un año más, el espectáculo que constituye para ellos una expedición. El espectáculo, los caramelos y el chocolate que siempre se llevan en abundancia.

Pasamos cuatro días en Lukla reuniendo el material que iba llegando de Kathmandu junto con el resto de los expedicionarios. Como quiera



Escalando la cara del Lhotse, entre los campos IV y V.

que los aviones venían muy de mañana, después de ordenar las cargas, salimos hacia las montañas que nos rodeaban comenzando así nuestro programa de aclimatación. Lukla se encuentra a 2.900 mts. de altitud y en nuestras salidas rondábamos los 4.000 mts.

Una vez reunidos todos los componentes de la Expedición y todo el material, hicimos dos grandes grupos que salieron con un intervalo de un día, con el fin de dar más agilidad a la caravana y simplificar la cosa en lo posible. Partí en el primer grupo junto con 300 porteadores, aproximadamente, que llevaban su carga. También llevábamos unos cuantos yaks. *Bajo una fina, pero persistente lluvia cubrimos nuestra primera etapa del recorrido: Lukla - Phading.* El camino había sido cómodo ya que nuestro lugar de destino estaba más bajo que el de salida.

Al día siguiente, al igual que el anterior, la marcha se desarrolló bajo la lluvia y la niebla. Nuestra meta era Namche Bazar, pueblo donde viven la mayoría de los sherpas de esta región del Nepal. Namche se encuentra a una altura de 3.400 mts. y está enclavado en la fuerte ladera de una montaña, donde sus casas se alinean en forma de abanico hacia el sol.

El paisaje había cambiado sensiblemente, las suaves colinas de abundante vegetación por donde habíamos pasado días anteriores, habían dejado paso a un terreno más árido y abrupto donde nacían los contrafuertes de las altas montañas nevadas que rondan los 7.000 mts. de altitud. Nada más salir de Namche, en un recodo del camino, vimos por primera vez el Everest. Su cima triangular aparecía por detrás de la cresta que va del Lhotse al Nupse. En el Himalaya todo es grandioso, las distancias, las proporciones, las alturas, y a primera vista nadie diría que el Everest se alzaba más de 5.000 mts. por encima nuestro, parecía como si estuviese cerca y que no fuese mucha la altura que quedaba hasta la cumbre. De cualquier forma fue un momento emocionante.

Al día siguiente fuimos a Thyangboche, que está situado a la misma altura que Namche Bazar. El camino, al poco de salir de Namche, desciende bruscamente hasta un estrecho barranco por el cual se precipita el río Dhu-Kosi (en castellano Río de Leche), y que posiblemente toma su nombre por el color blanco de sus aguas que se golpean constantemente por los saltos y cascadas que se encuentran en casi todo su cauce. Después, una dura subida nos llevó a Thyangboche; antes cruzamos por un pequeño bosque de rododendros en flor, que alcanzaban una altura superior a los 3 metros. Los rododendros de los Alpes, por ejemplo, rara vez se levantan más de medio metro. Por todo el recorrido era un bello espectáculo contemplar enormes faisanes y urrugallos, que abundan en este lugar, y que debido a que nadie los persigue (no está permitida la caza: por ser Parque Nacional y por prohibirlo la religión), revolotean confiadamente pudiendo acercarse lo suficiente como para contemplar toda la belleza y colorido de su plumaje.

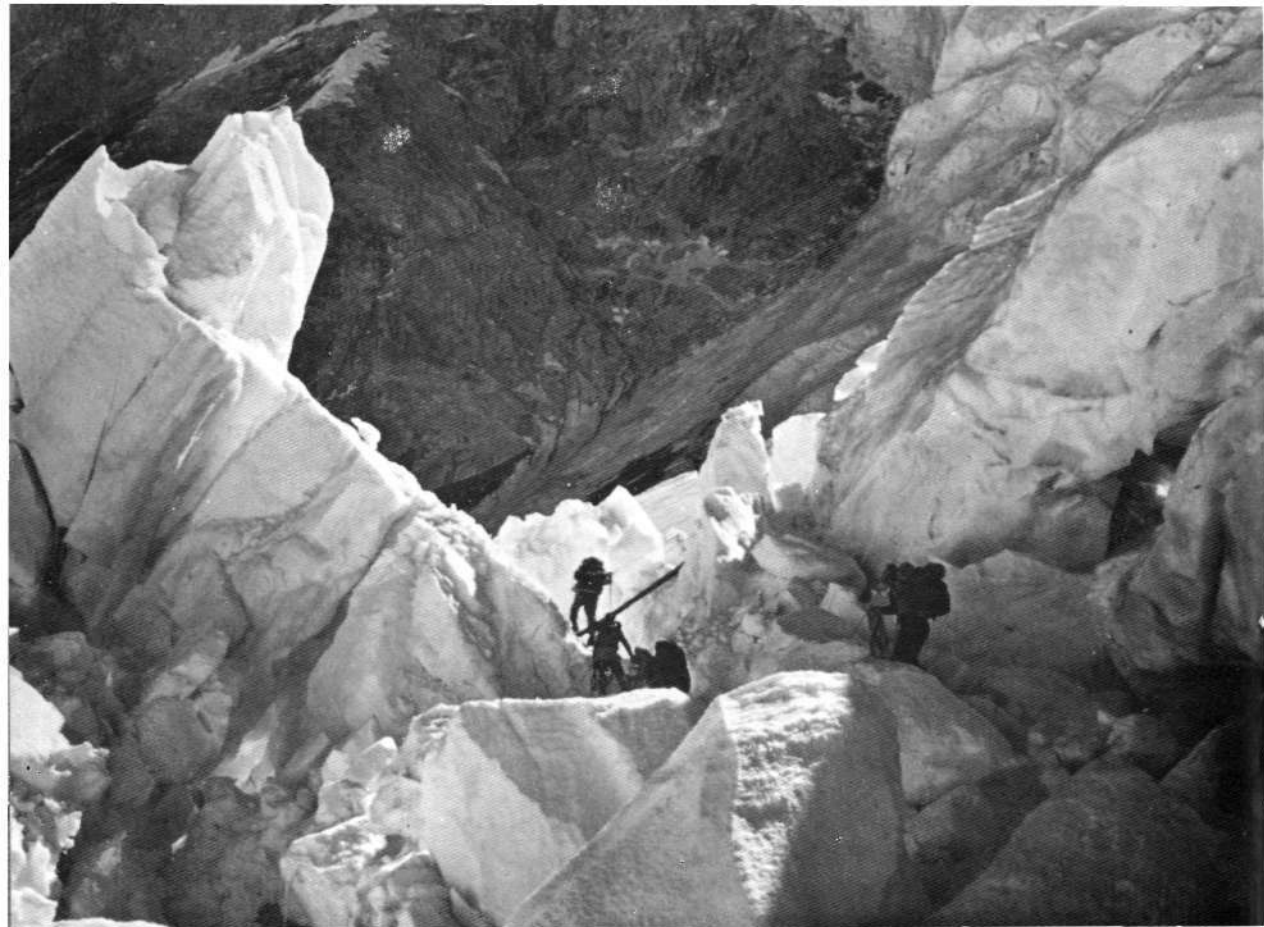
Cerca del Monasterio de Thyangboche establecimos el campamento en el que pasamos dos semanas con el objeto de seguir con nuestro plan de aclimatación. El Monasterio es célebre por albergar en él al Gran Lama, que es el director espiritual del Budismo en Nepal.

Entonces no se hallaba allí el Gran Lama, y fue a la vuelta de la Expedición cuando tuvimos el gran honor de ser recibidos por él. No obstante el Lama sucesor nos invitó la segunda tarde de nuestra estancia allí a tomar el té. Estábamos citados a las seis de la tarde, después de finalizados sus rezos vespertinos y cuando como colofón de estos tocan una especie de larga trompeta.

A la hora convenida estábamos dispuestos en la puerta del Monasterio. Un monje meticulosamente sucio y andrajoso nos hizo pasar por debajo de unas enormes cortinas, en las cuales aparecían pintadas grandes Esvásticas (no tienen nada que ver con la de los alemanes), luego pasamos al salón donde tuvo lugar la ceremonia. Al decir ceremonia me refiero al hecho de tomar el té, ya que todo ello transcurrió en medio de una gran solemnidad. Permanecimos sentados todos los expedicionarios en dos largos bancos que estaban en la esquina de la habitación. En otra esquina el Lama estaba sentado en una gran butaca de madera y a primera vista se podía decir que no se enteró de que estábamos allí. ¡No dijo absolutamente nada! La estancia es una especie de biblioteca y de capilla, tres de sus paredes son unos nichos donde se alojan los libros de religión, de medicina y de astrología. Un rápido cálculo y se contabilizan más de 2.000 ejemplares, ya que en cada nicho hay un libro. Son todos del mismo tamaño, muy rectangulares y envueltos entre dos planchas de madera y en la que se arrolla una larga tela roja a la que va perfectamente atada una correa de cuero. En otra de las paredes y también en otros nichos más grandes están: en el centro, Budha, a la derecha, el anterior Lama del monasterio (un gran sabio, nos dijeron), y a la izquierda, otra divinidad del Budismo. Repartidos por la estancia aparecen instrumentos musicales, algo así como trompetas y tambores.

Tres o cuatro monjes se preocupan de que no falte nada. Nuestra taza tenía que estar siempre llena de té. Nada más retirarla de los labios ya teníamos encima un monje con su tetera. Si el que está leyendo esto piensa que aquello era un té más o menos como el que está acostumbrado a tomar, se equivoca de lleno. Se trataba de un té mantecado tibetano. Esto es, en principio el ingrediente probablemente contenga algo de té, pero desde luego prometo que no recuerda nada a este, lo que sí sabe es a la grasa rancia de yak, la cual echan con generosidad. Hace falta ser muy sufrido para tragarse una sólo taza de la infusión. También nos sirvieron a discreción pastelillos, hechos a base de grasa de Yak. Al final Chang y Rasky en abundancia. El Chang es una especie de cerveza y el Rasky un alcohol muy fuerte. Podría recordar a la ginebra. Al final nos sacaron el viejo libro del Monasterio para que firmásemos y pusieramos en él la cantidad que íbamos a dar como limosna. Empecé a sentirme mejor cuando salimos al patio donde ya era de noche y las estrellas brillaban.

Durante quince días nos dedicamos a hacer salidas de aclimatación por las montañas que nos rodeaban. La mayoría de las veces elegíamos con cuidado cumbres tan fáciles que no era preciso siquiera el empleo de cuerda. Teníamos, entre otras cosas, que cuidar el más leve incidente. Gradualmente elevábamos las cotas de altura en nuestras salidas, y así



Cascada de hielo.

llegamos, prácticamente, todos los miembros de la expedición a alcanzar los 5.300 mts.

Mientras tanto habíamos enviado al Campo Base todas las cosas que no necesitábamos. Para su custodia y ordenación acompañaron a la mercancía algunos de nuestros sherpas.

Nuestra siguiente etapa del recorrido nos encaminó a Lobuche, que se encuentra a una altura de 4.900 mts. y donde instalaríamos nuestra segunda base de aclimatación.

Salimos todos los expedicionarios con el resto de la carga. Nuestros portadores, que esta vez llevaban muchos yaks, serpenteaban a paso rápido por los caminos empinados que llevan a Lobuche. Es bonito y estaba lleno de colorido la caravana de unos 400 coolies y casi 100 yaks que avanzaba entre los cánticos de los primeros y el mugir de los animales que se mezclaba con los silbidos de los arrieros.

Las pequeñas aldeas que se sucedían a nuestro paso y sus habitantes eran gente complaciente y hospitalaria. Muchos de ellos nos ofrecían Chang y patatas cocidas, que la mayoría de las veces estaban deliciosas. Recordaba con cierta perplejidad los consejos que el Coronel Hunt daba a los expedicionarios ingleses del Everest, sobre las normas de higiene que prohibían taxativamente comer y beber en los poblados. ¡No saben

bien lo que se perdieron! Creo que todos los compañeros se aficionaron rápidamente al Chang, el cual puedo asegurar, es un refresco sensacional, y no creo que un europeo pueda correr ningún tipo de peligro que no sea el de una buena borrachera, si es que se aficiona demasiado.

Aunque en todo nuestro recorrido los había, esta parte del camino es en la que más abundan los objetos de oraciones. Una forma muy peculiar y creo que bastante cómoda es la que tienen los tibetanos de rezar.

«OH-MANI-PADME-UN», esta frase se graba repetidas veces en las banderas que flotan al viento, o en las muchas piedras que generalmente en forma de losas se amontonan en los caminos y también en pequeños molinos que se ponen en los torrentes y que al girar llevan la oración al padre que está sentado en la flor de loto. La gente cuando pasa (siempre a la izquierda) por las piedras orantes también repiten la oración que vuela hacia el padre eterno.

En Pheriche permanecemos por espacio de una semana dedicados a mejorar nuestra aclimatación. Aspecto este, en el que pusimos el mayor cuidado, fruto de esta atención, fue que, más tarde la salud del grupo expedicionario fue excepcional no teniendo que intervenir Lorente a ninguno de nosotros. Todo el trabajo como médico se lo dieron los sherpas: la mayoría de las expediciones que van al Everest cuentan siempre con muchas bajas debidas a enfermedades. El único contratiempo que tuvimos fue la indisposición de Lusarreta (algún transtorno intestinal) que tuvo que bajar a Kathmandu desde Pheriche. Más tarde se incorporaría ya repuesto a la expedición en el Campo Base. Se subieron montañas fáciles que tienen alturas de 5.000 a 5.600 mts.

Pheriche es un lugar tan bello como desagradable. Está a la entrada de un largo y ancho valle sobre el que se levantan hermosas montañas. Encima nuestro, a la izquierda se encontraba el Taweche, y a la derecha se recortaba la larga arista del Nupse. Al fondo del valle aparecía un pedazo de la cima plana del Cho-Oyu. El ambiente aquel es de gran montaña y ante nuestra vista se hallaban aquellas cimas de las que tantas veces habíamos oído hablar y contemplado en los libros la elegancia y hechizo de sus blancas cumbres. A pesar de ello el lugar tiene el aspecto desagradable de que la mayor parte del día, el viento que trae abundante mica golpea insistentemente todo lo que se encuentra a su paso por el largo valle. Preferentemente parece querer cebarse en los ojos y a pesar de llevarlos protegidos con gafas nunca es obstáculo suficiente como para que no entre alguna partícula de mica en ellos y te moleste el resto del día.

Dejamos Pheriche y nos dirigimos a Lobuche (4.900 mts.) donde permanecemos dos días, uno lo dedicamos a subir hasta el Campo Base y bajar, y el otro lo empleamos en descansar. Lobuche es el último poblado que se encuentra en el camino hacia el Everest. Lo componen dos casas que en realidad son pequeñas fondas. Si he empleado la palabra fonda ha sido en el más puro aspecto tibetano. Como la mayoría de las casas, es una sólo pieza hecha a base de piedras superpuestas y en el que el tejado se apoya en una larga viga transversal. Para tapar los resquicios que quedan entre las piedras se recubren estas de tierra y de excremento

seco de yak. Las fondas tienen siempre la misma distribución, sobre unas cuantas cajas y abiertas de frente, se exhiben los alimentos que provienen de las últimas expediciones al Everest. Aunque era la primera vez que subíamos por allí, pudimos comprar a un precio razonable latas que provenían... ¡de nuestra propia Expedición!

A lo largo de un costado de la habitación se apoya algo así como un asiento de madera que por la noche hace las veces de cama y al fondo, sobre unas piedras, la cocina; no existe chimenea y el humo sale por donde puede. Las plazas que poseen estos hoteles depende de la habilidad que tengan sus huéspedes para amontonarse.

El último día de nuestra estancia en Lobuche, los sherpas organizaron una gran fiesta. Por la noche encendieron una gran hoguera y se pusieron a bailar. Son danzas en las que la gente se pone en fila o formando un abanico delante de la hoguera y se agarran de la cintura del que tienen al lado, mueven los pies rítmicamente casi siempre a pasos hacia adelante y hacia atrás a la vez que cantan. Son canciones religiosas y amorosas. Las sherpanies también bailan pero nunca mezcladas con los sherpas, ellas hacen una hilera a continuación de la de los hombres. La fiesta se regó con abundante Chang y Rasky y se prolongó hasta las cuatro de la madrugada. Hay que aclarar que cuando los tibetanos se ponen a bailar, la fiesta tiene que durar como mínimo de cuatro a cinco horas.

Fue algo bello ver a nuestros sherpas bailar incesantemente alrededor de la hoguera, tan alegres e iluminados en la penumbra por la luz de las llamas y por el excesivo licor que estaban tomando. Esa noche nevaba suave, pero constantemente, y la temperatura era de -20° C. Más de uno de nosotros con gran alborozo por parte de los sherpas, intervenía torpemente en la danza.

El 25 de Marzo llegamos al Campo Base donde nevaba con fuerza. Rápidamente instalamos las tiendas que nos albergarían durante dos meses largos. Lo hicimos diseminadamente y procurando aprovechar al máximo los pocos rellanos existentes sobre el mismo glaciar de Khumbu, el cual se encuentra recubierto de grandes piedras. De unas tiendas a otras había más de 5 mts. de diferencia de altura. Aquello era un caos que procuramos fuese lo más cómodo posible. El día siguiente lo empleamos en organizar el campamento y observar detenidamente la cascada de hielo tratando de descubrir la posible vía de ascenso.

Los sherpas, que muchos de ellos habían participado en varias expediciones al Everest, opinaban que era aquella vez cuando peor han visto la cascada. Esto fue debido a que ese año había nevado muy poco lo cual hace que los seracs estuviesen muy rotos e inestables.

Al día siguiente comenzamos la dura lucha que nos tendría ocupados durante los 8 días que nos costaría llegar al Campo I. El lector, que seguramente entiende de montaña, puede hacerse la idea de la dificultad que entraña el ascender la cascada y buscar una ruta lo más segura posible, teniendo en cuenta que entre el Campo Base y el Campo I existen sólo 600 mts. de desnivel y para los cuales son precisos 8 días. Luego debidamente acondicionada y una vez de estar perfectamente aclimatados pasaríamos la cascada en menos de cuatro horas.

Dados los muchos accidentes ocurridos en la cascada por las expediciones que nos habían precedido tomamos la precaución de que a partir de las 11 de la mañana, no se encontrase nadie transitando por allí.

Tuvimos el primer incidente cuando nuestro sirdar, esto es, el jefe de los sherpas, nos dijo al llegar al Campo Base, que él se queda allí, que no pensaba cruzar la cascada... ¡pues se lo había prometido a su mujer y a sus padres! Tratamos de que entrase en razón y le argumentamos de que malamente podría dirigir a los sherpas y mandarlos desde el Campo Base. Insistimos de que nos conformamos con que sólo subiese al Campo II, pues pensamos que era allí donde podía ser útil en su trabajo. Se negó en redondo. Lhakpa Tenzing que así se llama el shidar ha sido un gran sherpa. Nosotros habíamos tenido noticias de ello, y el año 1972 habíamos contratado sus servicios y le habíamos encargado de que eligiese los sherpas a su gusto. Un año antes de la expedición lo trajimos a Vitoria para concretar todo bien. Pero entretanto tuvimos la mala suerte de que Lhakpa hiciese la cumbre del Everest con los italianos en el 73 y ya no quisiera saber nada más de la montaña y de sus posibles peligros.

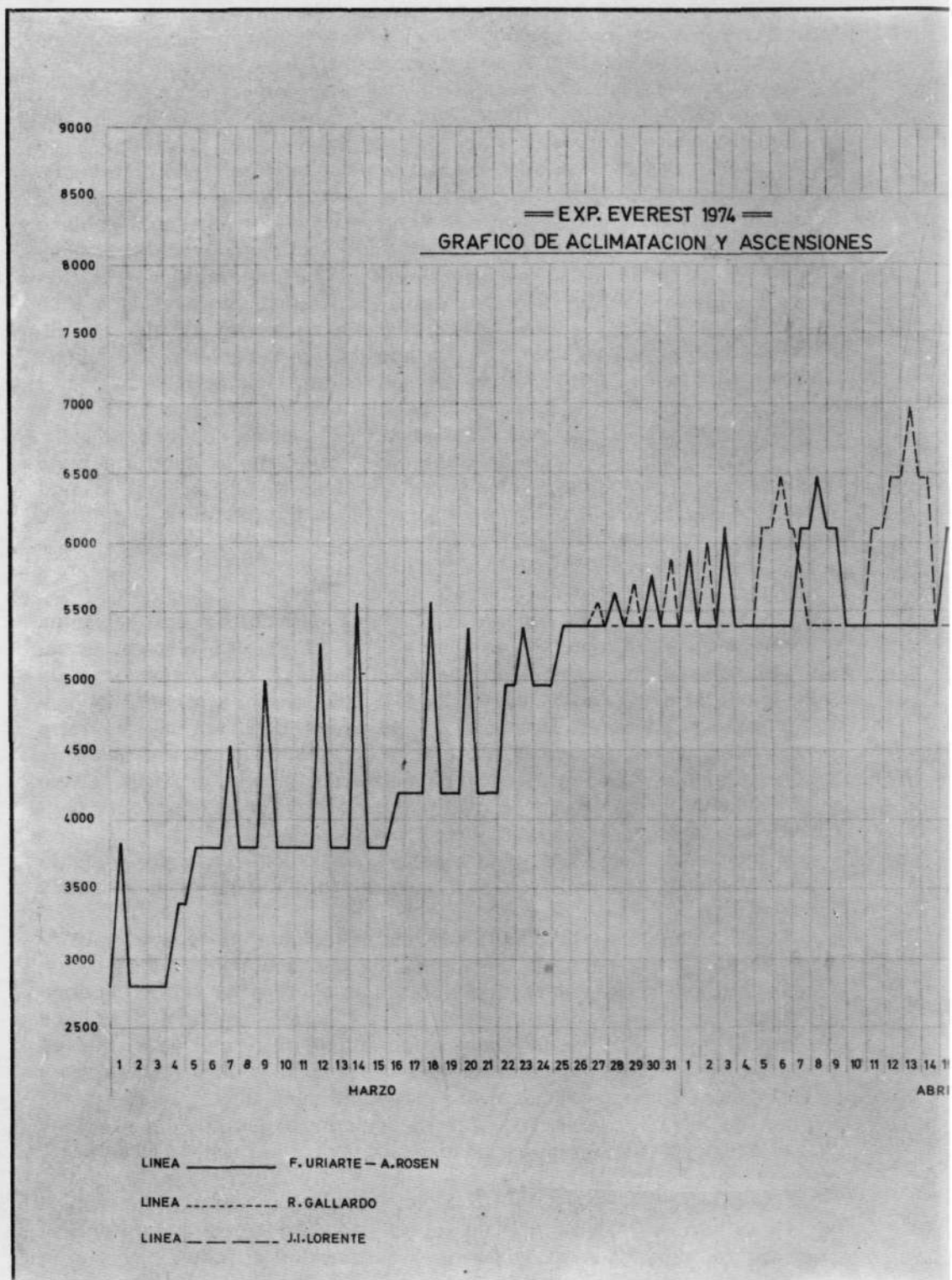
No nos quedó más remedio que ceder pues de lo contrario pudo traernos mayores problemas, Lhakpa se quedó en el Campo Base y nombramos un segundo sidar, Tsering Nangial, para que supliese al primero en el Campo II.

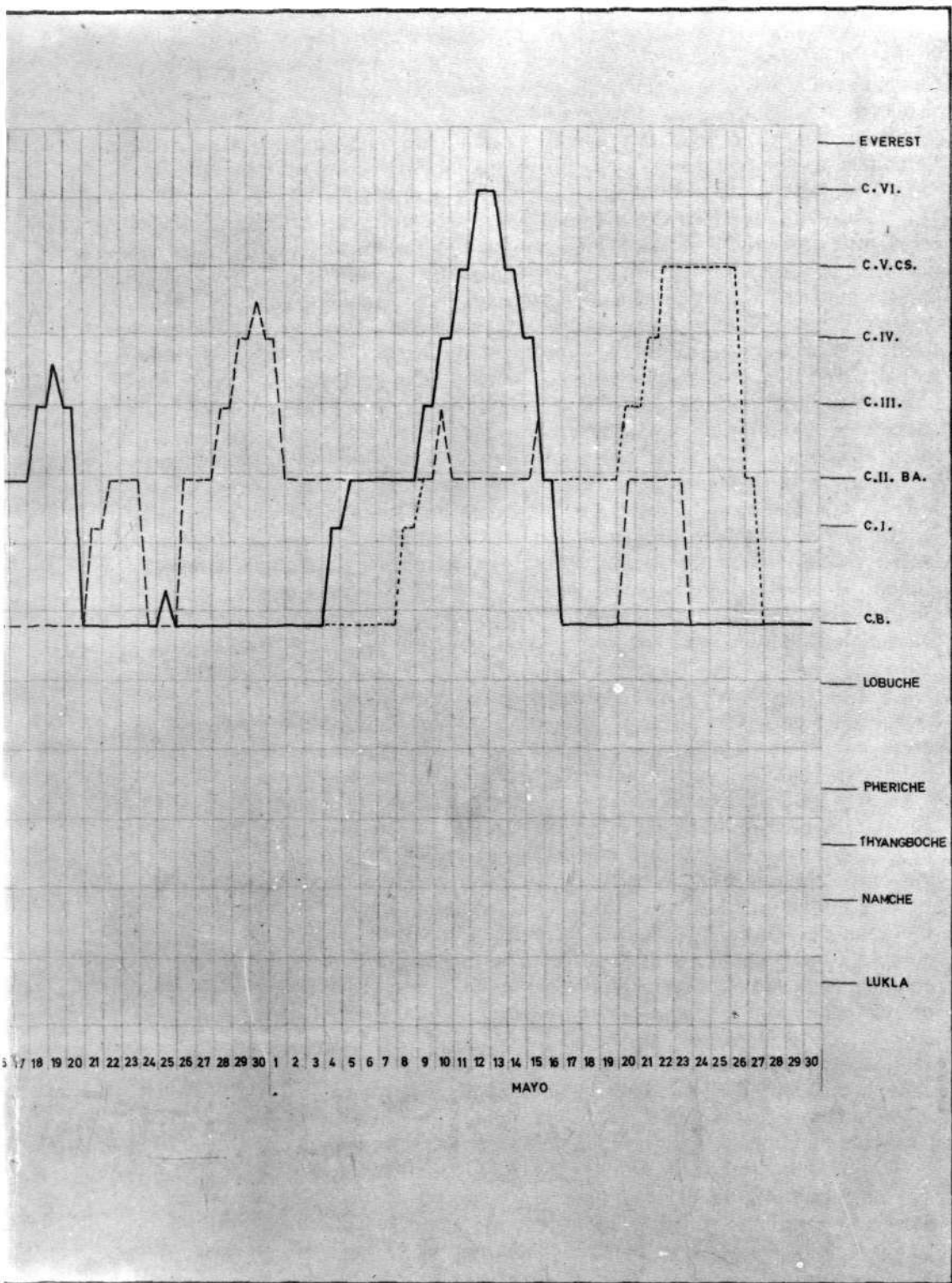
A pesar de aquel contratiempo nuestra moral era grande, habíamos conseguido poner el Campo I a 6.100 mts. de altura y a pesar de que nos había costado 8 días piensen en las grandes dificultades que habíamos encontrado en aquel laberinto de seracs. Más de una vez después de estar toda una mañana abriéndonos paso en una dirección llegamos a un lugar donde la continuación era imposible. Entonces nos veíamos obligados a descender y seguir buscando por otro lado. Sabíamos que esto era normal pues, como referencia diré que, a la Expedición Internacional, en la que se supone iban los mejores alpinistas del mundo, el pasar la cascada les había llevado dos días más que a nosotros y el imponente ejercicio italiano, ayudado por helicópteros, uno más.

El mismo día que se lograba llegar al Campo I, tuvimos un incidente con los sherpas: nos exigieron otro saco de dormir, sino se lo dábamos no trabajaban.

Se les argumentó que el saco que habían recibido era igual al nuestro (muy bueno) y que nosotros sólo teníamos uno. Existían algunos de repuesto para los campamentos superiores. Los sherpas no cedían, querían dos sacos, la discusión se prolongó durante horas y al final decidimos que con el que les habíamos dado tenían suficiente, y que aquel que no estuviese conforme, esa misma tarde entregase el equipo y abandonara la expedición. Estábamos dispuestos a perder unos días y buscar otros sherpas en Namche Bazar. Los sherpas hicieron causa común, ni devolvían el equipo, ni trabajaban, se quedaban a vivir en el Campo Base hasta que entrasesmos en razón: Su razón.

Siguió la fuerte discusión, pero no tuvimos más remedio que claudicar. Como no teníamos otros sacos se les pagó 300 rupias a cada uno en concepto del segundo saco de dormir y allí terminó el follón.





Equipamos la cascada de hielo a conciencia, casi 1.500 mts. de cuerda fija, 60 mts. de puentes y algunas escalas. Luego a medida que iba transcurriendo la expedición, la cascada se iba transformando, cambiando de aspecto y de ruta a seguir. Al final habíamos colocado más de 100 troncos de madera para cruzar grietas. Los sherpas son exigentes en este aspecto, si no está todo acondicionado a su gusto, no pasan. Incluso teníamos a dos serpas que su única misión era arreglar cada día los desperfectos que se producían en cuerdas y puentes.

La Comba Oeste, o Circo Oeste podría ser un lugar, incluso apacible, si no fuese por los muchos aludes que se precipitaban a ambos lados del valle. Unas veces de los mismos contrafuertes del Everest y otras, de la cresta que va del Lhotse al Nupse se deslizaban grandes masas de nieve y hielo que en algunos ocasiones llegaban a cruzar el valle de un lado a otro. Una de estas avalanchas, afortunadamente, de nieve polvo se echó encima de Villar y de Kirch, dándoles unos buenos revolcones y un mayor susto. Afortunadamente vieron bajar el alud y les dio tiempo a correr unos metros cogiéndoles únicamente el borde polvoriento de la avalancha. También el equipo de cine al que acompañaba Alfonso Alonso fueron envueltos por otra gran avalancha de nieve polvo entre los Campos I y II.

La ruta que va del Campo I al II no presenta grandes dificultades, únicamente fue laborioso buscar el camino, pues grandes grietas transversales cruzan la Comba Oeste. De todas formas se consigue llegar al Campo II en el primer intento que se hace. Al contrario que la mayoría de las expediciones que han logrado ascender forzando el paso por la derecha del Circo, nosotros nos vemos obligados a encaminar nuestros pasos por la izquierda ya que por el otro lado hay mayor número de grietas y queríamos pasar colocando los menos puentes posibles. La ruta trazada, no obstante, tenía el inconveniente de ser más peligrosa que la otra ya que se pasaba muy cerca del contrafuerte oeste del Everest y existía peligro de avalanchas. Es allí precisamente donde un alud cogió a Kirch y Villar. Después de este contratiempo intentaríamos evitar el paso peligroso pero enseguida vimos que no teníamos otro remedio que exponernos un poco, ya que nos hubiesen hecho falta muchos puentes y los otros lugares tampoco ofrecían muchas garantías de seguridad.

Se instaló el Campo II a 6.400 mts. un poco más arriba que el de los italianos del 73. El Campo II o Base Avanzada es el lugar que, tras una completa aclimatación pasa a ser el Campo Base. Por lo tanto el lugar lo colocamos lo más confortablemente posible e instalamos en él una tienda comedor igual a la que teníamos en el Campo Base e hicimos subir a un cocinero para mayor comodidad.

A partir de la llegada al Campo II son tres los objetivos que nos marcamos: 1. Abastecer el lugar adecuadamente, empleando a los sherpas lo mejor posible. 2. Mejorar a partir de aquel lugar nuestra aclimatación. 3. Pasaría a ser la base para la instalación de nuevos campamentos.

Fueron numerosos los viajes por parte de todos los expedicionarios que se hicieron a la Base Avanzada y a partir de la segunda subida se notaba con satisfacción la adaptación cada vez más óptima a la altura.

Instalamos el Campo III a 6.950 metros el 13 de abril. Al igual que

para el Campo II se llegó al primer intento ya que el camino entre los citados campos es lo más fácil de la ascensión al Everest. La única dificultad digna de mencionar es el hecho de llegar por primera vez a los 7.000 metros. Lo único que nos preocupaba era el campamento en sí, ya que no había otra alternativa de colocarlo en el lugar en que lo hicimos. Este sitio estaba debajo del Lhotse, del cual son frecuentes las avalanchas que barren toda su pared y que puede, con un poco de mala suerte, alcanzar el campamento. Los sherpas llaman a este campamento: «el campo maldito del Everest», ya que son varias las expediciones en las que ha habido bajas a consecuencia de avalanchas que han alcanzado las tiendas del campamento.

Días más tarde y cuando se encontraban durmiendo cinco sherpas, una compacta avalancha de hielo rozó el campo alcanzando y rompiendo una de las tiendas, afortunadamente vacía. Los sherpas aunque era de noche, histéricos algunos, aparecieron en la Base Avanzada. Querían abandonar. A la mañana siguiente cuando casi habíamos logrado convencerles de que no era probable de que aquéllo ocurriera otra vez, la mayor avalancha que veríamos en la expedición se precipitaba en ese momento a lo ancho de toda la cara del Lhotse, pasando y cubriendo las tiendas del Campo III. Nos encontrábamos todos en la Base Avanzada desde la cual se ve completamente el Lhotse y el Campo III. Parecía que el alud iba a llegar donde estábamos todos pues a pesar de la distancia que nos separaba (unos 4 kilómetros) la magnitud de la avalancha era inquietante. Hubo unos momentos de confusión y me dio la impresión de que los sherpas al ver aquello no iban a querer saber nada de la expedición y se marcharían a sus casas.

Afortunadamente el alud fue de nieve polvo y vimos como por encanto resurgir, al cabo de unos minutos la línea negra y diminuta que formaban las tiendas del campamento afectado, cuando se disipó la nube de nieve. Sin ninguna duda, si la valancha hubiese sido más densa y entierra el campamento, no hubiésemos tenido argumento alguno para retener a nuestros sherpas, también teníamos en el Campo III, en ese momento, más de 40 botellas de oxígeno. Inevitablemente hubiese sido el fin de la expedición.

Ignoro lo peligrosas que pueden ser otras cumbres Himalayas ya que no he estado en ellas, pero el Everest, había días que se me antojaba pavoroso en lo que respecta a aludes. No había día en que no se vieses caer por lo menos tres o cuatro. En el momento que escribo estas líneas me llega la triste noticia del abandono de los franceses que intentaban este otoño el Everest. Una gran avalancha ha sepultado los Campos I y II. Han desaparecido 5 sherpas y el gran alpinista Devoissoux, jefe de la Expedición.

Los aludes en el día podían ser más o menos inquietantes. De todas formas siempre parece que hay alguna oportunidad de que no te entierren. En cambio por la noche, es cuando más te alarma el ruido, no sólo de los aludes, sino que hay veces que el compañero o tú mismo al moverte, produces al rozar la tienda con el saco un ligero chasquido, que en esos momentos de tensión parece ser como el paso de una locomotora

en el silencio de la noche. Te sientes completamente indefenso dentro de tu saco, y dormir en los campos más peligrosos no creo sea recomendable para gente cardíaca.

En más de una ocasión me desperté sobresaltado oyendo el ruido de la caída de algún serac próximo, o de una avalancha más o menos cercana. A los pocos instantes el viento desplazado por el alud golpeaba la tela de la tienda y temías que detrás viniese la nieve. Después silencio. No había pasado nada. Deseabas dormir profundamente y no escuchar nada. A la mañana siguiente observabas dos o tres lenguas de nieve caída que se habían parado a unos cuantos metros del campamento. Para tu tranquilidad pensabas que las tiendas estaban en lugar seguro.

En el trabajo de abrir huella e ir equipando la ruta hacia arriba nos íbamos turnando todos los miembros útiles de la expedición.

Dos sherpas, Felipe Uriarte y yo habíamos dormido en el Campo III y en una mañana hermosa atacamos por primera vez la cara del Lhotse. Uno de los sherpas no se encontraba en «good conditions», esto es, ese día parece ser que no le apetecía trabajar y se quedó en la tienda. Cargamos al otro sherpa con unos rollos de cuerda y unos cuantos clavos de hielo que pensábamos poner en la pared. Habíamos decidido experimentar el equipo de oxígeno y pusimos una botella en la mochila. Al poco rato dejamos la botella y mochila en la nieve, ya que subíamos relativamente bien, a pesar de estar por encima de los 7.000 metros.

Posiblemente ese día sea uno de los que más a gusto me he encontrado en la montaña. Aquello era como escalar en los Alpes por un terreno desconocido, buscando la línea más débil de la pared, en que todos los recursos y experiencia acumulados en muchos años de la práctica de la montaña se ponían en juego. En una palabra, realizarse al máximo en la escalada, pues la dificultad así lo requería.

Una expedición himalaya es algo tremendamente complejo. Muchas veces los problemas se tienen que resolver de forma poco ortodoxa (escaleras en la cascada de hielo, cuerdas fijas, muchos sherpas, planes ajustados de transporte y movimiento de gente, etc., etc.) y aquello puede no encajar con la idea o el ideal del montañero que va a buscar en la montaña la tranquilidad, la realización plena con sus propias fuerzas y recursos de una gran ascensión y un sin fin de sensaciones las cuales parece que no pueden encontrarse en una expedición por la mucha gente que interviene en ella. De todas formas no hay que alarmarse por esto, pues a lo largo de la estancia en la montaña (casi cuatro meses) encuentras tan bellos e interesantes momentos que piensas que esa forma de hacer montaña es la más completa y sugestiva. Aparte de todas estas consideraciones la gente puede pensar que nuestra expedición era grande. Pues no. Desde que los ingleses hicieron el Everest en el 53, nosotros éramos el grupo más pequeño que iba a esa montaña desde entonces. Los italianos, por ejemplo, iban 64 escaladores y llevaban más de 100 sherpas. Los japoneses eran 42, los americanos 26 y así la mayoría de todas las demás. Por lo tanto nuestra expedición podía considerarse como de ligera en un ataque serio a la montaña más alta de la tierra. Ibamos con lo mínimo imprescindible.



Everest, con el glaciar de Khumbu al pie.

Ese primer día en el Lhotse éramos tres personas, el grueso de la expedición andaba más abajo en su tarea de acumular material y víveres hacia la Base Avanzada, la dificultad en el pedazo de montaña que aquel día nos ocupaba era considerable y nos esforzábamos por avanzar rápidos, buscando una trayectoria lógica en nuestro camino hacia el Campo IV. Penma que así se llamaba nuestro sherpa no parecía que se tomara las cosas con la alegría que lo hacíamos nosotros, pues a pesar de ser uno de los sherpas más fuertes de la expedición, su técnica de la escalada era bastante rudimentaria y en un par de ocasiones se nos quedó colgado de la cuerda. Le dijimos que no se preocupe demasiado pues la cosa marchaba bien y más adelante equiparíamos la pared con cuerdas fijas y podría subir mejor.

El camino elegido sorteaba en lo posible los grandes seracs que hay en la base de la pared, pero de todas formas la pendiente era muy fuerte. Apoyados en las puntas delanteras de nuestros crampones procurábamos clavar lo menos posible y al final de cada largo fijábamos de una clavija la cuerda que íbamos echando para abajo.

Eran las tres de la tarde cuando decidimos volver al Campo III. Aproximadamente habíamos hecho la mitad del recorrido hasta el lugar que preveíamos se colocaría el Campo IV. Nuestro descenso fue rápido ya que nos deslizamos por las cuerdas que habíamos dejado fijas en nuestra subida. Incluso modificamos la ruta en el descenso evitando unos flanqueos complicados. Fue éste un día bello de montaña. Nuestra realización como alpinistas en esta montaña himalaya había sido total y sentimos la enorme satisfacción de haber dado un paso importante por la conquista de la cima. Al día siguiente otros compañeros nos relevarían y sentirían la misma satisfacción que nosotros. El equipo humano funcionaba a la perfección y todo hacía pensar en el éxito total de la Expedición.

En el Campo III nos encontramos con Landa que subió esa tarde, nos había observado durante nuestra escalada y opinaba que íbamos por buen camino.

Al día siguiente volvió Felipe con Landa a la cara del Lhotse pues confiaba en sus facultades. Yo creo que trabajar fuerte dos días consecutivos por encima de los 7.000 metros y sin oxígeno no puede hacerte mucho bien y decidí bajar al Campo Base.

Efectué el trayecto del Campo III al Base bastante rápido, unas tres horas, y experimenté ese placer que se da en la escalada en solitario. Todo son reflexiones que bailan por la cabeza. El ir solo concentra más y se asimila mejor la vivencia del momento. La montaña es más bella, hay más colorido, es más grande... En la Cascada de Hielo me encuentro con Cortázar, Fernández, Domingo, Alfonso y el equipo de cine que está tomando unos planos. Nunca la Cascada me ha parecido tan enorme, tan grandiosa, tan bella... ¿Y si me sucediese algo ahora que estoy solo? ¡Algún serac inoportuno! Siento miedo y al final llegando al Campo Base experimento una gran satisfacción, un gran relaxo, la fatiga... Es algo así como el placer del chiquillo que ha hecho una travesura y no ha sido sorprendido en la acción.

Es ridículo que uno se pueda sentir a gusto en el Campo Base. Pero

después de estar unos días por arriba se echa en falta ese lugar inhóspito y desagradable que constituye el montón de piedras sobre el que se asienta el Campo. De todas formas cuando uno lleva más de cuatro días descansando es tal la monotonía de la vida allí que estás deseando volver a subir. Hay que pensar que nuestro lugar de descanso, de recuperación, estaba 700 metros más alto que la cima del Mont-Blanc y las comodidades eran mínimas. La vida en el Base transcurría a base de dormir mucho, de esperar las horas de la comida y entre tanto algunos preferían echar una pequeña siesta (alarmante, ya que de esta forma las horas dormidas podían pasar de 14), otros preferían leer, escuchar música, discutir, cartas, ajedrez... ¡Te quieres ir para arriba no aguantas más!... Pero no, todo responde a un plan preconcebido, y si no encaja en el plan, ¿por qué ir a consumir una comida innecesariamente, a usar combustible, a ocupar una plaza en una tienda cuando no viene bien? A descansar en el Campo Base. Aquello era una mierda, querías ir arriba a hacer algo. ¡a vivir!

Las cosas por arriba marchaban bien, al tercer intento, Kirch y Villar llegaron al Campo IV. Pensamos que instalar el Campo V, el del Collado Sur, iba a ser más fácil, ya que se preveían menos dificultades. Son dos las cordadas que marcharon para tal fin, una la de Gallardo y Abalde y otra la de Lorente y Olazagoitia. Llegan al Campo IV y cuando van a salir los dos equipos hacia el Collado Sur y todo parece marchar sobre ruedas, el tiempo pega un giro brusco y tienen que retirarse en medio de una gran nevada. Desde que comenzó la expedición hasta ahora el tiempo había sido magnífico si se exceptúa el fuerte viento reinante. No obstante la ruta que seguimos, hasta llegar al Collado Sur, está muy protegida y no nos afectaba el aire. Suerte contraria había corrido la expedición alemana que intentaba el Lhotse por la otra vertiente y para aquellas fechas, ya se vieron obligados a abandonar. Otro tanto le pasó a la expedición austriaca que con Messner a la cabeza se debatían en el cercano Makalu. El fuerte viento les echo para atrás. Se intentó otra vez llegar al Collado Sur sin éxito, nevaba fuerte y la cara del Lhotse se puso muy peligrosa. Decidimos esperar a que mejorasen las condiciones, y mientras tanto seguimos acumulando cargas en el Campo III.

Al cabo de una semana el tiempo volvió a ponerse bien, y Villar con tres sherpas instalan el Campo del Collado. Reinaba un gran optimismo en la expedición. Parecía que el Everest estaba completamente al alcance nuestro, incluso sabiendo que esta montaña, siempre es dura, muy dura. Nunca cede y hay que ir ganando metro a metro a base de mucho trabajo, a base de no desmayar. Sabíamos que el Everest no se doblegaría si no había una gran energía y un gran tesón en nuestra acción. La cosa era así y la aceptamos.

Hasta el Collado Sur, en el primer intento a la cumbre que efectuamos Felipe Uriarte y yo, las escalada transcurrió sin historia. Las cosas se habían hecho bien y el camino estaba perfectamente preparado, lo que nos permitía subir sin encordarnos siquiera. De arriba a abajo de la cara del Lhotse se había puesto una cuerda fija y con la ayuda de jumars subimos relativamente cómodos y seguros.

Mucho se ha escrito sobre el Collado Sur, de ser el lugar más inhós-

pito de la tierra, sobre su desolación, sobre su sensación de vacío, de la nada. Lejos de ser agradable, para mí era un sitio bello, emocionante, pues se adivina la presencia muy cercana del Everest. Por primera vez desde hacía casi tres meses pude al fin contemplar un lugar verde, aunque fuera muy abajo. Allá, en las suaves colinas del Tibet. Tal vez se viese, si los ojos alcanzasen, el célebre monasterio de Rongbuck por donde pasaban las expediciones de los años 20 que intentaban subir a la montaña por la vertiente norte.

El día de nuestro ascenso al Campo VI amaneció relativamente bueno, aunque el viento era fuerte. Nos dispusimos a salir, después de ajustar las máscaras de oxígeno de nuestros sherpas.

Aunque este artículo se está extendiendo más de lo que quisiera no puedo por menos que escribir sobre los magníficos sherpas que nos acompañaban.

Al principio de la expedición todo habían sido problemas con ellos, daba la impresión de que era poca la rentabilidad de su trabajo. Soportamos lo más dignamente que pudimos sus presiones de todo tipo. Muchas veces habíamos intentado no ceder a lo que considerábamos algo así como un chantaje, ya que teníamos la certeza de cumplir con todo lo acordado de antemano. Por mi parte no quiero ni por un momento entrar en la cuestión que ha de mirarse bajo el prisma del sherpa como asalariado y de la expedición como una empresa, pues esto es un asunto tan viejo como el mundo. Seríamos unos ilusos si pretendiésemos de los sherpas la ilusión y las mismas motivaciones que nos llevan a nosotros a la montaña. Ellos están allí porque ganan un dinero, porque en Nepal que es un país extraordinariamente pobre (no pretendo descubrir nada con esto), el sherpa que trabaja en las expediciones vive mucho mejor que el resto de los nepaleses. Otra cosa es la ambición, por una parte lógica, pero a veces desmesurada que tienen algunos por exigir más en todo momento. Las reglas de la Himalayan Society son claras pero sólo sirven cuando les conviene, y esta situación la aprovechan pues saben perfectamente que sin ellos la cosa no va adelante.

En la parte que de negativa habían tenido los sherpas para con nuestra expedición, no puedo por menos que, ahora al recordarla, tomarlo con calma.

Fueron muchos los momentos que nos las hicieron pasar moradas. Primero nuestro sirdar Tensing que no pasa del Campo Base. Luego que todos los sherpas exigen dos sacos (como en la expedición italiana y en la japonesa). Después, que si se les ha dado poco equipo a los sherpas de cascada. Más tarde que quieren comer de nuestra comida a partir del Campo I, cuando lo acordado con Lhakpa era a partir del Campo II. Estos fueron nuestros cálculos y la comida podía faltar, para todos. También en muchos momentos cruciales no podíamos echar mano de los sherpas necesarios. Si se planeaba que, para el día siguiente salieran 6 sherpas para el Campo V (por ejemplo), a la mañana podía haber uno o dos que no estaban en «good conditions». Este truco lo empleaban constantemente tirando por tierra nuestros planes, pues ellos con su filosofía oriental sobre la vida te pueden anunciar la mayor catástrofe con una tranquilidad y un



conformismo aplastante. Ahora, en Nepal, no significa nada, puede ser mañana, pasado mañana. ¿Por qué darse prisa?, para nosotros que venimos de un mundo donde se vive al minuto, donde se corre, donde existe el infarto, es chocante, yo opino que hermoso, el concepto que tienen los orientales sobre, la siempre discutible, importancia de las cosas y del tiempo.

Lo que fue un consuelo, es que a partir del Campo III es cuando empezamos a ver la efectividad del sherpa. En alturas considerables nosotros, la mayoría de las veces, al llegar a las tiendas nos tumbábamos y no nos apetecía mover un dedo, ni siquiera para comer. Los sherpas nos hacían la comida, nos preparaban la tienda y hasta podían ponernos los crampones a nada que se lo insinuáramos. Eran algo así como una madre que nos cuidaba en todo momento. Magníficos en este aspecto.

Siete de nuestros más fuertes y voluntariosos sherpas nos acompañaron hacia el Campo VI, dos tienen el mismo nombre, Lhakpa Tsering, también vienen Gyirmi Nagal, Gyirmi, Tsong Rinzing, Penma y Nima Sange, este último es lama (algo así como obispo).

Felipe y yo les hicimos comprender que la carga que llevaban era la imprescindible que había que subir al Campo VI para lanzar el ataque a la cumbre. Si alguno fallase, no podría llevarse a cabo el intento.

Después de largo y lentos preparativos abandonamos el Collado Sur camino del Campo VI. Nos dirigimos hacia un fuerte corredor de hielo que se encuentra más a la izquierda del camino tomado por Hillary y por las otras expediciones que han hecho el Everest. Nuestra ruta evitaba en lo posible la arista donde pegaba fuerte el viento. La sucesión de corredores y de resaltes de roca por donde fuimos estaba mucho más protegida que la desnuda arista, circunstancia ésta que seguramente hizo posible que llegásemos a instalar el Campo VI.

La dificultad de este trayecto era considerable, a lo que hay que unir la torpeza con que nos movíamos en la altura. A partir del Campo V ya no se puede equipar la montaña, y lo que en montes más bajos, como Pirineos o Alpes, sería una agradable trepada, de 8.000 a 8.500 metros esta misma dificultad es algo en lo que hay que poner una gran atención y te exige grandes esfuerzos. Cuando se trataba de escalar sobre nieve la cosa marchaba relativamente bien, pero cuando nos teníamos que meter por las rocas (exquitos muy descompuestos) la inseguridad era grande. No obstante creo que subimos bien y rápidos. Nuestros aparatos de oxígeno marchaban a la perfección (2 litros por minuto) y la forma física en que nos encontrábamos creo que era estupenda, lo que nos daba una gran moral. A pesar de desenvolvernos por un terreno peligroso y algo difícil (la roca la estimo en III°), en contadas veces nos asegurábamos, hicimos casi todo el trayecto andando a la vez.

Casi no nos dimos cuenta que a mitad de camino empezó a nevar y la visibilidad era reducida. No obstante, seguimos la marcha con la esperanza de que al día siguiente tuviésemos un tiempo bueno.

A las cuatro de la tarde salimos a la arista donde instalaríamos nuestra pequeña tienda (8.530 metros de altura). Habíamos partido a las once y media del Collado Sur, por lo tanto habíamos escalado a razón de 125

metros de desnivel por hora, velocidad ésta muy considerable en aquella altura y que reforzaba nuestra teoría de que estábamos en una forma estúpida.

Un poco más bajo que nosotros se observaban restos y botellas vacías de oxígeno de la expedición italiana del año anterior.

Pusimos nuestra pequeña tienda en el mismo filo de la arista. Nada más llegar nuestros sherpas nos picaron una plataforma a golpes de piolet y luego descendieron. Les vimos bajar con cierta nostalgia. Estábamos completamente solos. El día siguiente podría ser un gran día. Pero no, fue el día más triste de nuestra vida montañera. Para ahorrar oxígeno nos quitamos las máscaras y empezamos a armar la tienda que nos protegería del frío aquella noche. Sin oxígeno nos movíamos torpemente y nos llevó unas dos horas levantar nuestra casa. Al caer la tarde el tiempo mejoró se abrieron las nubes y aunque el viento que soplaba era considerable abrigábamos la esperanza de que cediera por la noche. Eramos como dos hormigas agarradas a un puntiagudo pastel de nata. Teníamos al alcance de nuestra vista y ya habían quedado por debajo nuestro bellas y famosas montañas. Makalu una fría y monumental piedra que veíamos por primera vez; el Lhotse y Nupse con cuyas formas estábamos familiarizados. Al asomar la cabeza de donde estábamos la vertiente norte en un salto vertical de casi tres mil metros moría en las morrenas de los glaciares tibetanos, luego una llanura verde, atrayente.

En el colmo de mi imbecilidad creo que hasta me sentí importante por poder contemplar algo tan hermoso, tan grandioso. Pero también supongo que aquello se me pasaría pronto ya que más de una vez había experimentado en mi propia carne lo poco que vale el hombre si se ha de enfrentar con la naturaleza.

Desde el Campo VI no se ve la cumbre del Everest pues queda tapada por la antecima sur. El terreno que veíamos hasta allí, parecía fácil.

La misma arista donde estábamos se elevaba suavemente hasta un corto resalte más inclinado que lleva al mismo pico sur. De allí a la cumbre del Everest sabíamos que sólo existe un pequeño paso de cierta dificultad y se podía asegurar a simple vista que el trayecto que habíamos hecho desde el Collado Sur era mucho más pendiente. En esos momentos no teníamos la más ligera duda de que al día siguiente estaríamos en la cumbre. Estábamos eufóricos.

A las dos y media de la madrugada, cuando nos despertamos el viento sacudía nuestra tienda a pesar de que estaba muy protegida (como metida en un agujero) y de que era muy sólida. Dormimos con oxígeno y nuestros equipos de ropa respondieron perfectamente a la baja temperatura. Yo creía que en el Campo VI no dormía nadie. La noche nuestra fue muy soportable.

Hacia las tres y media hicimos el primer intento por salir hacia la cumbre. Se me cayó medio mundo encima al ver que ni siquiera podía mantenerme de pie al lado de la tienda. Lo más absurdo de todo es que la noche era bella, estaba completamente despejada y no se veía ninguna nube. Pero un viento fuerte bajaba del Pico Sur arrastrando consigo esa carac-

terística pluma de nieve y pedazitos de hielo que casi siempre se ve salir del Everest.

De todas formas como aún era muy pronto, guardábamos la esperanza de que el viento amainase. Todo fue vano. Hasta cerca de las 11 de la mañana que estuvimos esperando una situación más propicia, aquello no hacía sino empeorar. No tuvimos la mínima oportunidad ni de intentarlo siquiera. Era imposible ponerse en pie. ¡Avanzar hacia la cumbre una utopía! Optamos por lo único que podíamos hacer...

Al poco de empezar a bajar, la niebla hizo su aparición y comenzó a nevar. Aquello sería el principio de un calvario, que duraría hasta que tres días después llegábamos al límite de nuestras fuerzas al Campo II.

Sólo hubiésemos necesitado 4 horas de buen tiempo para llegar a la cumbre, que es lo que tardan más o menos los escaladores que han subido. Por sólo cuatro horas, cuando llevábamos tres meses trabajando ininterrumpidamente. ¡No me parecía justo! El esfuerzo físico, el trabajo y todo lo demás, que constituye el ascender al Everest ya estaba casi realizado.

En aquella ocasión el que no consiguiéramos la cumbre representaba para nosotros un duro golpe moral. Pero no quería decir que todo había acabado, ya que aún era pronto (13 de mayo), y había otros compañeros y equipo para dos nuevos asaltos. Pensábamos que ellos subirían si tenían un poco más suerte que nosotros.

Para facilitar los nuevos asaltos creímos oportuno dejar todo en el Campo VI, pues así habría material suficiente como para un nuevo ataque sin necesidad de que subiese con ellos ningún sherpa. Cuesta mucho poner una sola carga a 8.530 metros.

Así es que emprendimos muy conscientemente el descenso, sin oxígeno, sin sacos de dormir, sin nada. Hablar de lo mal que lo pasamos para llegar al Collado Sur creo que es innecesario. Como dato diré que lo que el día anterior nos había costado cuatro horas y media de marcha ascendiendo, en la bajada invertimos ocho.

Esperábamos que dos de los sherpas que nos acompañaron al Campo VI estuviesen aguardándonos en el Collado Sur con sacos de dormir. Esta fue la orden que les dimos, pero que no debieron comprender. Ya estaban ellos en la Base Avanzada. Por el contrario, en el momento que llegamos completamente exhaustos aparecieron 3 sherpas que traían comida y oxígeno. Nos dijeron que aunque llegásemos muy de noche nos ayudarían a bajar al Campo IV. Aquello era imposible pues no podíamos ponernos casi en pie. Necesitábamos tumbarnos. Recibimos un duro golpe al comprobar que no había siquiera un saco de dormir en nuestro campamento, y sólo las terribles ganas de vivir que tiene uno cuando la cosa se pone mal nos hizo reaccionar con lucidez. Les mandé a los sherpas que desmontasen una tienda para poder taparnos durante la noche. Nos íbamos a quedar allí a descansar y al día siguiente bajaríamos. Los sherpas se fueron al Campo IV. Pasamos allí una noche horrible, interminable. Felipe y yo nos alternábamos cada media hora para inhalar oxígeno con el único aparato que teníamos disponible. Cuando lo hacíamos experimentábamos un cier-

to bienestar, pero cuando nos quedábamos sin él, el frío y la fatiga nos hacían mucha mella.

El día siguiente fue malo y a la noche había nevado bastante. Aunque descendiendo (también sin oxígeno) el hecho de ir abriendo huella volvió a poner nuestros organismos a prueba. En condiciones normales y por la cuerda fija que teníamos puesta se puede bajar la cara del Lhotse en unas cinco horas. A nosotros el llegar al Campo IV, justo a mitad de la pared, nos costó casi siete y también llegamos bastante agotados. Comunicamos con la Base Avanzada y no se creían lo que les dije, allí tampoco había sacos. La culpa fue mía. En la comunicación del día anterior desde el collado Sur me limité a decir que no habíamos podido subir y que no se preocupasen, que estábamos perfectamente, que bajaríamos al día siguiente. Nada les había dicho de los sacos, ni el oxígeno ni de lo mal que nos encontrábamos. Ese día les pido que suban como sea algún sherpa para que nos ayude a bajar y para que abran huella. Pues de seguir nevando dudaba de que llegásemos abajo. Pasamos otra noche infernal y frotándonos los dedos de los pies hasta el amanecer. Felipe tenía dos dedos de la mano helados.

Muy de mañana subieron cuatro de nuestros magníficos sherpas (habían salido a las cuatro de la madrugada del Campo II). La situación cambió por completo, bebimos mucho (no lo habíamos hecho en los dos días anteriores) y yo incluso me fumé a medias con un sherpa el único cigarrillo que tenía.

Gallardo y Abalde una cordada, Kirch y Villar en la otra, días más tarde de nuestro descenso aguantan lo indecible en el Collado Sur en su intento de conseguir la cima. Para lograr esto se habían puesto más de 30 hombres, entre expedicionarios y sherpas, a 8.000 metros de altura. Gallardo con sus cuatro días y noches en el Collado Sur es el hombre que más tiempo ha vivido a 8.000 metros de altura. Los primeros frentes del monzón golpearon a estas dos cordadas con fuerza. Fue el fin de nuestra Aventura. La cima se había quedado a 320 metros de nosotros.

ANGEL V. ROSEN